

## EL DEBER CUMPLIDO

Dr. SANTIAGO RIPOL GIRONA  
(Barcelona)

Cumplíendose este año el XXV aniversario del ingreso en la Real Academia de Medicina del Profesor Dr. D. Vicente Carulla Riera, y como un humilde tributo de reconocimiento a lo que fue y a la profunda e indeleble huella que dejó en la historia de la profesión médica, hemos querido esbozar someramente en este trabajo algunos trazos del carácter de nuestro recordado maestro.

No pretendemos aquí valorar la obra ingente del insigne creador de la primera Cátedra de Terapéutica Física, lo que rebasaría en mucho nuestras posibilidades, ni vamos a insistir particularmente en los cargos, honores y distinciones que a lo largo de su vida recibió, de los que se mostró en todo momento digno merecedor.

Todo ello, con ser muy importante, no basta tampoco para definir una personalidad como la suya. Por esto hemos preferido aquí hacer hincapié en su faceta entrañablemente humana, desmitificada: junto a la sa-

biduría y buen hacer del médico y del Catedrático, deseáramos resaltar la bondad natural y la sencillez del hombre. Porque todos los títulos que en justicia le fueron otorgados no influyeron en ninguna forma en su cordialidad familiar, en su afeblidad para con los amigos, con los compañeros, superiores e inferiores. El Dr. Carulla se mantuvo toda la vida fiel a sí mismo, a sus principios y a sus convicciones eminentemente humanista, y los elevados cargos y los premios nacionales y extranjeros no hicieron sino servir de estímulo a su natural modo de ser y su interés por mejorar continuamente y ser útil a sus semejantes.

Tal como acabamos de mencionar, no quiso nunca ser un científico encasillado en su especialidad y ajeno a todo lo demás. Fue un entusiasta partidario de las Humanidades y de las Artes, las cuales, en nuestro mundo moderno mecanizado y artificial, habían de ser, en su opinión, el contrapunto ideal y aun indispensable para que el hombre mantenga su

equilibrio emocional y redescubra la razón de su existencia y su destino espiritual.

Su gran afición era la música. A lo largo de toda su vida fue un asiduo y puntual concurrente a las representaciones y conciertos del Gran Teatro del Liceo y del Palau de la Música. Su autor particularmente preferido era Wagner, manteniéndose en esto dentro de la enraizada tradición de los melómanos barceloneses, entre los que el extraordinario músico romántico alemán ha gozado siempre de gran predicamento en todos los tiempos.

Su vida profesional se desarrolló presidida por tres grandes devociones, que marcaron siempre los hitos fundamentales de su dilatada carrera: la medicina hospitalaria, la docencia y la Academia. La primera, representada por su presencia en el Hospital Clínico y Provincial de Barcelona, al que se mantuvo vinculado durante toda la vida, y en el que dejó amplia constancia de sus profundos conocimientos sobre una especialidad de la que fue ilusionado pionero de nuestra Patria.

Después de obtener el Premio Extraordinario de Licenciatura en 1919, y posteriormente también el Premio Extraordinario de Doctorado, gana por oposición la plaza de auxiliar de Terapéutica, dedicándose a partir de ese momento a la práctica de una especialidad médica totalmente nueva en España por aquel entonces: La Terapéutica Física. A ella aplicó todas las energías de su vocación y

su talento de estudioso y de investigador, y en ella llegaría a ser una de las figuras más relevantes y respetadas, preclaro ejemplo a seguir para las nuevas generaciones de fisioterapeutas.

Guiado por su inquietud en este sentido, crea y dirige el Departamento de Terapéutica Física en el Hospital Clínico de Barcelona y toma contacto con los mejores maestros de su época en Berlín, Zurich, París y Nueva York.

Funda la Sociedad de Radiología de la que es Presidente, y la Sociedad Catalana de Radiología, de la que sería también su primer Presidente.

Dentro de su fecunda vida hospitalaria como especialista en Terapéutica Física, su gran preocupación fue el estudio de las enfermedades cancerosas y la lucha por su curación.

Haciendo gala de una profunda visión de futuro, en época tan temprana como el año 1925, escribía en la sección de crónicas del primer número de la recién inaugurada revista «Ars Medica», en cuya fundación colaboró:

«Es innegable que el mundo científico, desde hace unos años viene sintiendo la emoción al peligro canceroso y puede ser una mayor facilidad de diagnóstico, por una parte, nos haga vivir realmente en nuestra práctica mayor número de casos y que por otra el valor universal de una estadística aterradora sean factores que vengán sensibilizando a la clase médica de un modo progresi-

vo, haciendo cristalizar aquellos sentimientos emotivos en un estado de conciencia que en todos los países civilizados obliga a campañas sociales para combatir el mal, y despierte nuevos estímulos de investigación para ver de desentrañar el misterio etiológico de aquella dolencia, hoy convertida en plaga universal».

Los hechos le han venido dando la razón, y somos testigos del colosal despliegue de fuerzas movilizadas en todo el mundo para esta singular batalla contra las afecciones cancerosas. A la luz de nuestra experiencia actual, nos sorprende profundamente la clara visión del problema por parte del Dr. Carulla cuando, en aquellos años veinte, señalaba como tarea importante para nuestra ciudad la creación de un Instituto para la investigación y estudio del cáncer.

Llevado por su interés extraordinario en esta problemática funda la Revista de Radiología y el Boletín del Cáncer, editados en Barcelona, donde publicó numerosos trabajos de electrorradiología, cáncer humano y experimental, es ponente en varios congresos de la especialidad sobre tumores óseos, cáncer de laringe, de pulmón, de útero y de mama, y pronuncia conferencias en muy numerosas universidades españolas y extranjeras.

Organizó varios cursos sobre la especialidad de Terapéutica Física, sobre cáncer clínico y experimental y sobre radioisótopos, contando en muchos de ellos con la colaboración de personalidades de prestigio inter-

nacional, entre los que podemos recordar a Blumenthal, Bourguignon, Fischers, Gunset, Jacquetot, Laborde, Lacassagne y muchos otros.

Fue nombrado Presidente de la Lucha contra el Cáncer de Barcelona y Vicepresidente de la Lucha Española contra el Cáncer.

Dentro de este tema publicó muy numerosos trabajos, algunos de ellos particularmente avanzados para su tiempo, en los que se vislumbran las directrices que modernamente se habían de seguir en la investigación anticancerosa, y estimula la responsabilidad profesional de los médicos resaltando la importancia extraordinaria que tiene aquí un diagnóstico precoz.

Resulta especialmente interesante, aun a pesar del tiempo transcurrido, su trabajo «Consideraciones críticas sobre etiología del cáncer, en relación a los conocimientos actuales y a nuestra experiencia clínica», en el cual revisa las múltiples teorías respecto de la etiología y patogenia del cáncer, y las reduce a tres: embrionaria, parasitaria o infecciosa y celular.

Teorizando sobre esta última, y basándose en sus estudios sobre biología celular y los agentes irritables, llega a la conclusión de que todos los tumores tienen un modo común de producirse, aunque los agentes desencadenantes puedan ser muchos y muy diversos, y que el cáncer es una enfermedad local de las células normales que degeneran a causa de los estímulos que perturban el equi-

librio fisiológico que debe mantener el entretenimiento y reparación de los tejidos. A partir de estas consideraciones plantea la pregunta: «Como tiene lugar esta concreción en los tejidos y cuál es la causa», que es, el punto de partida de múltiples hipótesis modernas y base de importantes investigaciones actuales.

Otra faceta de su vida hospitalaria, sin duda mucho menos espectacular que todo lo que hemos comentado, pero que humanamente le encumbra más aún si cabe, era su sentido del trato para con el enfermo. El paciente halló siempre en él, además del médico distinguido, el hombre afable y delicado que sabía hallar las palabras oportunas para alentarle, no dando vanas esperanzas, pero haciendo renacer el interés y la ilusión para seguir luchando.

Considerando las posibilidades que tenía entonces, y que por desgracia todavía tienen en gran parte, los enfermos cancerosos, es más de admirar aún su tacto para mantener la fe de sus pacientes, haciendo gala, allá en su tiempo, de un criterio amplio y moderno al enjuiciar la Medicina tomando en consideración no las enfermedades, los «casos»; sino los enfermos, los hombres con toda su problemática.

En su vinculación con el Hospital Clínico llegó a ser Director del mismo, cargo que desempeñó por su acendrada honestidad profesional y su espíritu de servicio, que no le reportó ningún beneficio particular, y así fue fuente de preocupaciones y

no pocos sinsabores. Dentro de su especialidad fue Delegado oficial de Congresos Internacionales, y fue nombrado Director y Jefe de la Sección de Radiología de la Seguridad Social de Barcelona, siendo galardonado con el premio Girón.

En justo reconocimiento a su ingente labor médica fue condecorado con la Gran Cruz de Sanidad Española.

Fue, pues, un médico de gran valía, que a su categoría científica unió el gran amor que le inspiraba su profesión y su especialidad, en la cual, con su esfuerzo constante de cada día, llegó a ser el indiscutible número uno y el creador de una fecunda escuela de fisioterapeutas.

Sus méritos fueron igualmente reconocidos allende nuestras fronteras, donde fue requerido por muy diversas Facultades, y siendo distinguido con la Legión de Honor y Palmas Académicas, preciados galardones franceses que hablan por sí solos del respeto y autoridad de que gozó su figura en nuestro vecino país.

La otra actividad a la que consagró toda su vida, sus mayores esfuerzos y sus mejores anhelos, es la Universidad.

Bajo su asesoramiento se creó la primera Cátedra de Terapéutica Física por la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que fue nombrado profesor.

Más tarde, al crearse las Cátedras de Terapéutica Física en todas las Facultades de España por oposición, obtuvo por unanimidad del tribunal

la titularidad de la de Barcelona, tomando posesión el 11 de febrero de 1948. Fue esta la primera que se cubrió en España. A partir de aquí la docencia será una preocupación constante a lo largo de su carrera. En efecto, pues la función del magisterio es concebible en cierto modo como la de la medicina: el maestro, lo mismo que el médico, no toma el lugar de la naturaleza, sino que simplemente la ayuda o estimula desde el exterior, poniéndola en buenas condiciones para que pueda funcionar adecuadamente.

El proceso autoformativo del alumno será tanto más aprovechado tanto en la esfera de instrucción como en la formación, cuanto más presente y activo sea el papel del maestro, y está bien probado que el discípulo será tanto más activo y libre cuanto más autorizado sea su maestro.

Así lo entendió siempre el Profesor Carulla, y aunque el maestro no es la causa original del aprendizaje, pues éste depende fundamentalmente del intelecto del discípulo, sino simplemente la causa ministerial, con clara evidencia de lo que a ello puede y debe cooperar, se preocupó siempre de someter su labor docente a las direcciones metodológicas adecuadas para lograr una efectiva y eficaz relación profesor-alumno tendente a crear el clima de interés mutuo y participación general, de convivencia de intereses y aspiraciones, que hiciera de la enseñanza una obra conjunta y activa de todos, con

el inmediato resultado de un aprovechamiento real de la obra docente.

Esta visión humanista que presidía todos los actos de su vida personal y profesional le ayudó siempre a encauzar su labor universitaria hacia un concepto moderno de la función cultural de la Universidad, entendiendo por cultura no sólo los saberes científicos, sino su sentido más amplio de abarcar todo el sistema vital de ideas de su tiempo.

Con una visión muy consciente de la despersonalización a que puede conducirnos el desmesurado avance tecnológico y la superespecialización, defendió siempre la formación humanística como un elemento indispensable para el hombre de hoy, lo cual naturalmente no puede ni debe ser estorbo para la enseñanza profesional o la labor investigadora.

Su atención constante a la función profesional de la docencia, entendida en el sentido de impartir junto con la enseñanza de la ciencia la formación necesaria para el ejercicio de la profesión, queda bien patente por la legión de discípulos suyos que actualmente cultivan todas las ramas de la Terapéutica Física, y no pocos compartiendo también una labor docente universitaria.

De todos es sabido que un deber esencial de la Universidad es también el de impulsar la investigación científica y preparar para ulterior dedicación a ella a los que tengan vocación de investigadores.

Al referirnos a su amplia labor

asistencial en el Hospital Clínico, ya hemos mencionado repetidas veces la inquietud investigadora del Profesor Carulla.

Sus estudios sobre el cáncer, tanto en el aspecto clínico como el experimental, biología celular en relación con las neoformaciones, los injertos cancerosos, el cáncer del alquitrán, el cáncer provocado por los agentes físicos, los tumores filtrables, técnicas de diagnóstico precoz, acciones biológicas de los cuerpos radioactivos, vías de administración y circulación de los radionúclidos, dosimetría en general y muchos otros, así como el centenar largo de trabajos que publicó resumiendo sus experiencias, son la más fehaciente prueba de su profundo interés por la labor investigadora en la Cátedra, del cual supo hacer participar con su ejemplo entusiasta e infatigable a sus colaboradores y discípulos.

Su ejemplaridad humana, su sentido de la moderación y su humildad fueron elemento consustancial de la misión educativa que necesariamente debe comportar también la docencia universitaria.

Como contribución a la enseñanza teórica de la especialidad tradujo el Tratado de Radioterapia profunda de Salomón y el Tratado de Diagnóstico Diferencial Roentgenológico de Teschendorff.

El 20 de mayo de 1951, el Profesor Carulla ingresaba en la Real Academia de Medicina, viendo con ello cumplido uno de sus más caros anhelos.

Su discurso de ingreso versó sobre el tema: «Fundamentos y progresos de la Física Atómica; su trascendencia en Medicina; los isótopos radioactivos en Medicina», siendo contestado por el Profesor Dr. D. Víctor Conill Montobbio.

De todos los honores que cosechó muy merecidamente a lo largo de su carrera, fue éste el que le deparó una satisfacción más profunda.

Recuerdo con que íntimo orgullo nos hablaba de la Academia, de la admiración que profesaba a sus antecesores y compañeros, y de la honda convicción que tenía en la extraordinaria trascendencia del papel que representaba la Academia dentro de la profesión médica y extensivamente para el desarrollo cultural de la nación.

No vamos a añadir gran cosa más aquí, pues no es nuestro propósito escribir una biografía completa, sino tan sólo un somero esbozo de la personalidad y el carácter del insigne maestro desaparecido, aun a sabiendas de la dificultad de este propósito, ya que para quienes tuvimos la dicha de conocerle a fondo y tratarle asiduamente, todo lo que digamos nos parece sólo un pálido reflejo de sus verdaderos méritos.

Su obra como médico, profesor y académico tal vez peque de dispersión, tal vez no esté lo suficientemente ordenada para un estudio concienzudo y metódico, y desgraciadamente algunos de sus trabajos no llegaron a publicarse o no se han

conservado por razones diversas, pero todo ello también va con su extraordinario carácter.

No le gustaron nunca las limitaciones, los casos concretos y huyó siempre del encasillamiento en una obra o en una línea de actuación, ya que sus miras fueron amplias y abiertas, como corresponde a un gran temperamento humanista como el suyo.

Quizá su espíritu de servicio al enfermo, a la Universidad y a la Academia encerraron grandes ideales,

grandes promesas y grandes hechos que no han trascendido lo suficiente, o que han permanecido desconocidos para muchas personas, ya que en toda su línea de conducta le interesó únicamente la fidelidad con sus convicciones y jamás buscó la propaganda o el lucimiento personal, pero los que tuvimos la extraordinaria fortuna de contarnos entre sus discípulos y colaboradores tenemos el pleno convencimiento de que su existencia finalizó con la serenidad del deber cumplido.